

el café de moda, cuando el alcohol hace soltar la lengua y desoir la prudencia del miedo o el silencio de la complicidad

El tiempo pasó y sobre el suceso trágico cayó la indiferencia de los unos y el taimado olvido de los otros. Pero los que padecían hambre y sed de justicia, los que esperaban el día de las revelaciones y de los castigos, los que, hermanos o amigos de la víctima, callaban el grito de su acusación en espera del advenimiento de la santa venganza, esos no olvidaban.

“¡Yo acuso!”

Y llegó el día en que ya no debía callarse. Y un hombre, que estuvo a punto de ser victimado también al lado del amigo, alza ahora la voz acusadora, juzgando que su supervivencia casi milagrosa, es tal vez un designio de Dios, o una predestinación de lo inmutable.”

La aprehensión del diputado Rendón

“El testigo de la tragedia comenzó a darnos su declaración, cuando a bordo de un auto caminábamos velozmente rumbo a la población en donde se desarrolló el drama.

Habíamos salido de la capital, (esto fué ayer por la tarde) cerca de las tres, dando instrucciones al chauffeur para que, tomando por la calzada que pasa por la Escuela de Agricultura, y por las poblaciones de Popotla, Tacuba y Atzacapotzalco, nos condujera a la de Tlalnepantla, romántico villorrio a la vera de un lomerío cubierto de árboles y en el fondo de un valle ubérrimo, desde el que se contempla a lo lejos el perfil sinuoso y vago de las serranías del sur.

El testigo, sin poder ocultar del todo su emoción, al cruzar nuevamente por aquellos sitios, nos hablaba de que el finado señor Rendón, en los últimos días en que las persecuciones de sus enemigos se hicieron más tenaces, acudió a él en solicitud de hospitalario refugio, donde poder guardarse del furor de sus perseguidores.

—Tres días, siguió diciendo nuestro interlocutor, permaneció don Serapio en mi casa, y una noche, la víspera de la muerte del infortunado caballero, salimos, no sin grandes precauciones, a la calle, dirigiéndonos hacia la calzada de la Reforma. Parece que don Serapio temía ser descubierto en mi casa e iba en busca de la de un amigo; pero esto no lo sé de cierto.

En el café Colón nos detuvimos, más bien a ruego mío, para tomar una copa, y después de esto, con lo que yo pretendía animar un tanto al señor Rendón, atravesamos la glorieta y nos dirigimos hacia una gran

casa de estilo moderno que hay por ahí y que es propiedad de una dama distinguida. Allí nos despedimos don Serapio y yo.

No fué sino hasta al día siguiente muy de mañana, cuando don Serapio y yo volvimos a encontrarnos, y ya entonces los dos estábamos en poder de los que a él le habían de quitar la vida y a mi ocasionarme los momentos más dolorosos de mi vida.

Cuando yo, después de dejar a don Serapio en la casa de la glorieta de Colón, regresé a casa, no pude desechar de mí una intranquilidad y un sobresalto crecientes. Es esto lo que algunos llaman *presentimiento*.

Después de algunas horas, cuando me disponía a recogerme, viendo que el señor Rendón no regresaba, la policía reservada se presentó en mi casa. Eran tres hombres a quienes mandaba otro de recia complejión y voz altanera. Brevemente me dijo éste, que venía por don Serapio y por mí. Lo registraron todo, volvieron todo de arriba a abajo, con un afán que no dejó de llamarme la atención, por lo tenaz y descomedido.

Cuando la tarea, ímproba por cierto, dió fin y también una botella de vino que guardaba en el comedor, los agentes me sacaron de allí y me condujeron a la Inspección General, donde permanecí incomunicado toda la noche, hasta que cerca de las tres de la mañana me sacaron, y fué entonces cuando ví a don Serapio, que había sido aprehendido también.

En la puerta de la Inspección aguardaba un automóvil en el que habían sido colocados cerca de veinte rifles y una caja de parque. Nos hicieron subir al señor Rendón y a mí y en el mismo coche tomaron asiento tres hombres: el que mandaba a mis aprehensores, y dos más: el primero dió una orden al chauffeur, y el auto partió

Al llegar aquí el testigo, se volvió hacia el camino y nos dijo mostrándonos un grupo de casas humildes de la barriada de la Tlaxpana:

—Mire usted: en ese tenducho nos detuvieron. Bajó uno de nuestros custodios, llamó en aquella casa que se llama *El Chubasco*, y después de largo rato de llamar, consiguió que le abrieran y le vendieran unas botellas de vino.

Todo el resto del camino, el testigo fué haciendo recuerdos de aquel viaje inolvidable, en que la muerte se cernía ya sobre el desventurado señor Rendón

Las dificultades de la carretera

Habíamos pasado ya por el pueblo de Atzacapotzalco y dejado atrás varios caseríos que, de cuando en cuando, entre la nota verde de los ár-

boles de la carretera, ponía la nota ingenua de un humo de chimenea rural o de una ventana entoldada de yerbas y medio escondida entre los arriates y los tiestos, florecidos de campánulas, geranios y "chicharos."

De pronto el automóvil se detuvo. Parecía imposible seguir adelante: las copiosas lluvias que en estos días han caído en el contorno y el ir y venir de los pesados carromatos, habían dejado intransitable la carretera. A un lado sigue una vía de tracción animal, y en el frente un canalón de aguas turbias. Ordenamos al chauffeur que siguiera, y poco después caía el coche en un enorme bache lleno de fango, del que no salimos sino mediante el auxilio de una buena bestia que por nuestra fortuna, apareció por allí tirando de un carro *de acarreo*.

En la tarea de sacar el auto del hoyanco aquel empleamos muy cerca de media hora, uniendo nuestros esfuerzos a los de la azorada acémila que quizá por primera vez en aquellas andanzas se vió.

No fué este el único contratiempo en todo el tramo desde las *trancas* de Santo Domingo hasta la Hacienda del Rosario; volvimos a tener por más de cuatro ocasiones que empujar al vehículo para sacarlo de las cenagosas profundidades donde caía, temiendo que en una de tantas allí se quedara sabe Dios hasta cuándo. Pero no fué así: de la Hacienda del Rosario en adelante, el camino se hizo menos intransitable, y por fin, después de tres horas y media de caminata, llegamos a Tlalnepantla, internándonos por las calles tranquilas, llenas de gentes curiosas y de canes inhospitalarios.

De pronto, el testigo dijo al chauffeur que se detuviera. Bajamos todos. Era la calle de Juárez, cerca del viejo templo, en que sonaban las campanas de la tarde.

A media cuadra, frente a una casa enjalbegada de blanco y con ese aspecto severo y pobre de Casa Municipal, el testigo se detuvo, y con una sincera emoción incontinida, exclamó:

—Allí mataron al licenciado Rendón.....

Cuando después del accidentado viaje de automóvil, llegamos a la población de Tlalnepantla y, siempre guiados por el testigo, nos detuvimos frente al edificio que sirve de casa municipal, el relato impresionante que punto por punto habíamos escuchado durante el camino, de labios del hombre que pasó por allí en horas de espanto y de sangre; aquellos episodios inolvidables, tomaron la fuerza de una evocación frente al caserón sombrío que guarda el secreto del trágico fin del diputado yucateco, víctima de sus enemigos políticos.

El testigo había exclamado inflexiblemente:—¡Aquí fué asesinado el diputado Rendón! Y nos dispusimos a seguir sus pasos, pues se dirigía ufano hacia la sombría casa en cuyo frente, como atalayas, se le-

vantan unos cuantos mezquinos "troenos" que brillaban de agua de lluvia.

Una vez dentro de la casa, el testigo, con una emoción que iba en aumento, a medida que la reconstrucción de la tragedia en los lugares donde se desarrolló, iba haciendo aparecer en toda su crueldad y horror las escenas que precedieron a la muerte del señor Rendón, el testigo, decimos, nos invitó a entrar en el cuarto donde se cometió el crimen....

Nuestra emoción también había llegado a su máximo....

—Aquí tiene usted el cuarto donde el señor Rendón cayó para no levantarse más. Aquí le hirieron de muerte sus asesinos. Aquí se apagaron los últimos gritos de su agonía y de su imponente desesperación.....

La voz del testigo era vibrante de indignación, cuando nos daba los pormenores del crimen... Luego calló, como fatigado por el esfuerzo de sus nervios.

Nosotros, sin embargo, no debíamos dejarnos impresionar; en estas condiciones no es fácil la labor inquisitiva y, comprendiéndolo así, dejamos unos momentos al testigo que hablara con nuestro dibujante y con las personas que nos acompañaban y nos dedicamos a observar.

El teatro de la tragedia

El palacio municipal de Tlalnepantla, como muchas casas provincianas que se destinan a este empleo, es una construcción vasta y pobretona con un gran zaguán en el centro y algunas ventanas sobre los muros enjalbegados de blanco. Tiene un sólo piso y sobre el filo central de la azotea ostenta un tímpano de mamposteo, de mediocre aspecto, que sostiene una asta-bandera apolillada.

El interior tiene aspecto más pobre aún. Las habitaciones han sido destinadas a oficinas públicas y por doquiera se nota un abandono y una incuria que contribuyen a volver más sombrío aquel lugar. El patio es un rectángulo bordeado en uno de sus lados por un corredor estrecho cubierto con cobertizo de lámina, orinecida y rota a trechos.

El piso del patiezuelo es de tierra apisonada y por allí medran unas cuantas humildes plantas; el "platanillo," de hojas lanceoladas y flores amarillas; el "verbenón," de pequeños botones azules; los "mastuerzos" y las "campanitas de María." También, cerca del muro hay un desmeдрado pino y unas matas de heliotropos. A lo largo de las paredes húmedas, trepan algunos helechos que nadie se cuida de arrancar y que prosperan con la lluvia copiosa de estos días. En un extremo, se levanta un viejo poste telegráfico que no sé por qué parece una gran cruz simbólica y abandonada.

Fué éste el lugar del drama terrible, el teatro de la cruenta venganza.

El via-crucis de la víctima

Para que el lector pueda darse cuenta cabal de todos los detalles de este drama inquietante, no queremos omitir el relato del testigo que se refiere al "via-crucis" por donde pasó la víctima antes de llegar al sitio donde había de caer acribillada a balazos.

—“Cuando el automóvil en que nos conducían al señor Rendón y a mí los polizontes, siguió la ruta, después de que estos adquirieron algunas botellas de vino en el tenducho de la Tlaxpana que se llama *El Chubasco*, la velocidad del vehículo aumentó hasta el vértigo. Diríase que los verdugos tenían prisa de acabar con su víctima.

El diputado Rendón iba en un asiento delante del mío, y hasta entonces sólo había hablado una que otra palabra con el hombre que, cerca de él, iba custodiándole. El desventurado don Serapio, como si presintiera su fin trágico, tan próximo, había dejado caer la cabeza sobre el pecho y simulaba dormir; pero, de cuando en cuando, yo, colocado cerca de él, percibía algo así como un suspiro incontinente y algunos nerviosos movimientos del detenido.

Yo también ocultaba difícilmente mi zozobra. Ignorante de la suerte que iba a correr, me entregaba a una serie de reflexiones interminables que, como un laberinto, me llevaban de aquí para allá y de uno a otro lado, acabando por enloquecerme. ¿Qué irían a hacer de nosotros aquellos hombres que con tal lujo de fuerza nos conducían por aquellos sitios desiertos, en medio de aquel amanecer tan frío y tan lleno de tristes presagios? Aquellas armas que iban casi a nuestro alcance, en el fondo del automóvil, ¿estarían destinadas a arrebatar nuestras vidas? ¿Aquellos hombres serían nuestros verdugos, más tarde? No parecían demostrarlo: como sin cuidarse de nosotros, sostenían una animada charla propia de esa gente maleante que se cuenta anécdotas innobles y goza recordando desvergonzadas memorias. El automóvil cruzaba el camino velozmente.....

“¡Qué mañana tan fría!”

Habíamos dejado atrás Atzacapotzalco. Entre la bruma del amanecer asomaban aquí y allá algunas humildes casuchas campesinas. Cruzamos la vía del ferrocarril.... El camino hace una pronunciada curva cerca de Santo Domingo; yo casi involuntariamente dije al "chauffeur," ¡cuidado!.... modere la velocidad....; y, entonces, uno de nuestros custodios me preguntó con curiosidad:

—¿Sabe "manejar," amigo? Afirmativamente respondí, y, para distraerme un tanto les relaté algunas de mis proezas de "sportman"... Esto fué mi salvación, a esta insignificante conversación debí nada menos que la vida, pues después del asesinato de don Serapio, el "chauffeur" se había emborrachado, y yo regresé a la capital a los asesinos manejando el automóvil.

Adelante de la hacienda del Rosario, el señor Rendón, por tercera o cuarta vez, exclamó:

“¡Qué mañana tan fría!” El tono con que el desdichado señor pronunciaba esta queja, tiritando involuntariamente, fué tan triste, que no he podido olvidar aquellas palabras, que tenían la honda sinceridad de un presentimiento.

Una hora de angustia

Después de observar el aspecto de la casa trágica y de anotar todos los detalles interesantes, volvimos a unirnos al testigo que, en aquellos momentos, mostraba a nuestros acompañantes una de las piezas que se encuentran en el lado oriente de la finca:

—En esta pieza permanecí por espacio de cerca de una hora. Aparentemente nadie me vigilaba; pero yo sabía que si intentaba escapar, alguien, que debía de estar pendiente de mis movimientos, me lo impediría, y tal vez el intento me costara la vida.... Así, pues, permanecí en este sitio sin moverme, contando los instantes que se hacían interminables para mi angustia.

De pronto, oí un grito de dolor y una sorda detonación, en seguida otra.... y otra.... y otra más. Como impulsado por algo superior a mis fuerzas y a mi voluntad, salí del lugar donde me encontraba y no ví a nadie, ni en los corredores, ni en el patio.... Avancé hacia la habitación donde habían sonado los disparos.... Empujé la puerta, inconsciente, loco, sin idea del peligro, como si alguien me llevara hacia allí.... Entré.... Y un espectáculo inolvidable me ha robado muchas horas de sueño y de paz, me hizo detenerme aterrado: cerca de una mesa, en la que se veían algunos papeles, el desdichado señor Rendón estaba caído en el pavimento debatiéndose en un charco de sangre, mirándome con ojos que casi ya no veían.....

A unos cuantos pasos estaban dos hombres. Eran los asesinos....

Momentos antes del crimen

El testigo de la tragedia, recorriendo con nosotros los sitios en que ésta se desarrolló, nos llevó hasta la pieza que se halla en uno de los ángulos del corredor de la casa municipal de Tlalnepantla. Es un cuarto

de no muy amplias dimensiones, que ahora se destina a oficina de teléfonos. Contiguo está otro, tan pequeño, que difícilmente caben algunos objetos que han sido abandonados allí. En uno de los muros de este pequeño cuarto, hay un tragaluz que cae sobre una azotehuela. Por este tragaluz, penetró uno de los hombres que dispararon sobre el licenciado Rendón.

Momentos antes del crimen, según nos cuenta el testigo, los hombres que habían conducido a aquella casa al diputado Rendón y al propio testigo, tuvieron una breve conversación con otros dos más que se encontraron allí, a la llegada de los prisioneros.

En tanto, el diputado Rendón había solicitado permiso de escribir un recado, y se le condujo a la pieza que se halla en el ángulo derecho del patio, con relación al zaguán. Mientras, el testigo permaneció en otra pieza cercana, pasando momentos de incertidumbre y de angustia.

No sabe el testigo precisar el tiempo que transcurrió entre el momento en que el diputado Rendón fué conducido a la pieza del crimen y el en que éste se cometió... Deben haberle parecido eternos aquellos instantes....

Se oculta el cadáver

Cuando, como hemos dicho ya en nuestro relato de ayer, el testigo acudió al sitio donde se habían escuchado las detonaciones, el diputado Rendón expiraba, caído cerca de la mesa, adonde estuvo escribiendo algunas líneas.

Ya el infortunado señor Rendón no pudo pronunciar palabra alguna: sólo lanzó una mirada última al testigo, quien, horrorizado, huyó de aquel sitio en los momentos en que los autores del crimen empuñaban todavía sus armas humeantes.

Oculto en uno de los rincones del patio de aquella horrible mansión, el testigo permaneció largo tiempo sin atreverse a tomar resolución alguna.

Poco después, un macabro grupo salía del lugar donde se cometió el asesinato: dos hombres, seguidos de los que habían dado muerte al diputado Rendón, avanzaban por el corredor conduciendo el cadáver.

Deliberaron unos cuantos minutos y, tomando una resolución, depositaron sobre el suelo del patio el inanimado cuerpo, y comenzaron a cavar un hoyanco cerca del muro que está frente a la puerta de entrada. Una vez terminada esta macabra tarea, el cadáver fué arrojado en el fondo del hoyo y cubierto rápidamente con tierra... Encima se colocaron unas cuantas yerbas arrancadas de un pino cercano.

Después de esto, uno de los autores del crimen, sin que un solo

músculo de su cara se alterara, dijo, restregándose las manos para quitarse la tierra:

—¡Vaya, hemos acabado!

En aquellos momentos la luz de la mañana llenaba la casa y en la cercana iglesia parroquial las campanas del alba, sonaban alegremente.

¿Dónde se halla el cadáver del diputado Rendón?

Sobre esto hay varias versiones. El testigo sólo sabe, tal como hemos dicho, que, después del crimen, el cuerpo inanimado del abogado yucateco fué enterrado en el patio de la casa municipal de Tlalnepantla. Allí, casi a flor de tierra, le ocultaron los autores del asesinato; pero, posteriormente, ha sido llevado a otro lugar.

En nuestras pesquisas, logramos saber que algunos de los que presenciaron el crimen o tuvieron participación en él, ya no se encuentran en la capital, o se ignora su paradero. Uno de los asesinos se sabe que actualmente se oculta en una hacienda del Estado de México. Otro ha marchado a Europa.

Nosotros vimos el lugar donde el desdichado señor Rendón fué sepultado después de muerto, y la más intensa emoción nos embargó al ver aquel olvidado rincón, oculto entre algunas tupidas matas, que aun presenta huellas de haber sido destinado a guardar un secreto horrible. La tierra, a pesar del tiempo transcurrido, parece recién movida: un bastón se hundió fácilmente en aquel mal cubierto sitio que fué un hoyanco perforado a toda prisa y escasa profundidad.

La versión que parece tener más verosimilitud es la de que el cadáver del señor Rendón fué trasladado algunos días después del crimen, al pobre cementerio que llaman "La Loma," y que se halla situado a unos cuantos kilómetros de la población de Tlalnepantla."

* * *

Habla el señor Flores Magón

"Cuando en nuestras columnas comenzamos a publicar el sensacional relato del testigo que presenció la muerte del infortunado licenciado Rendón, teníamos ya en cartera los nombres de algunas personalidades que habrían de arrojar mucha luz sobre el crimen de que nos hemos venido ocupando.

Sabiendo que el señor licenciado don Jesús Flores Magón, ex-secretario de Gobernación en dos ocasiones, tenía importantes datos que proporcionarnos sobre la desaparición del licenciado Rendón, nos dirigimos en busca del conocido político, y al manifestarle deseos de dar a conocer sus palabras al público, el señor licenciado Flores Magón se expresó en estos o parecidos términos:

—Ocho días antes de aquel en que murió Serapio Rendón, éste y yo tuvimos aviso de haber sido sentenciados a muerte; el portador de la infausta nueva fué el licenciado Manuel Malo y Juvera, a quien así parece, le hizo encargo especial de avisarnos el señor licenciado José Natividad Macías.

El licenciado Macías, por noticias que tuvo oportunamente, supo la suerte que nos estaba deparada, por boca propia del entonces ministro de Gobernación, doctor Urrutia, y en seguida comisionó al licenciado Malo y Juvera, quien desempeñó su papel perfectamente.

—Licenciado, dije yo a Serapio, ¿piensa usted alguna cosa para guardarse?

—Nada, mi querido abogado.

—Hay que guardarse un poco, tenga usted precauciones.

El aviso último

Pasaron algunos días, y Serapio lo mismo que yo, para nada dejamos de venir a nuestras labores profesionales.

El viernes, o sea el día que lo mataron, teníamos que asistir al Senado, en nuestra calidad de miembros de la comisión permanente de aquel alto cuerpo.

Mas, antes de entrar, notamos la presencia de una señora que conocíamos con el nombre de Olympia, y que pertenecía a la Inspección General de Policía.

Toda nerviosa se acercó a Serapio para decirle: "Para esta noche tienen preparado el golpe que ha de privarle de la vida; por esto vengo a darle aviso."

•—Licenciado, ¿qué piensa usted hacer? dije yo.

—Nada,...

—Pero es que ...

—Tengo compromiso de cenar en casa de la señora Scherer, e iré. (Recuérdese este dato de nuestra investigación).

—Precaución, licenciado, agregué yo.

Y esa misma tarde noté a Serapio un tanto prudente en sus discursos, lo cual me sorprendió, pues por lo general era demasiado fuerte.

Terminada la sesión salimos del Senado, y Serapio se dirigió a su casa para cambiarse el traje de calle por el de etiqueta.

Después se encaminó a la casa de la señora Scherer.

La captura de la víctima

Eran las once en punto de la noche, así lo supe, cuando Serapio abandonaba la casa de la expresada señora. Atravesó la glorieta de Co-

lón, siguió por el lado oriente del Café Colón, y, al pretender dar vuelta por las calles de las Artes, dos hombres lo sujetaron de la mano izquierda y dos de la mano derecha, mientras otro lo amordazaba.

Sin perder tiempo la víctima fué colocada en el interior de un auto que esperaba allí, el cual partió a carrera vertiginosa.

El principio de una carta

Conocedor de la suerte que le esperaba, el licenciado Rendón pidió a los sicarios que le permitieran escribir a su familia unas cuantas líneas, siéndole concedida la gracia solicitada.

Serapio puso tan sólo estas palabras: "Adorada esposa, ido..." y recibió un tiro de revólver en el cerebro.

Se presume que Rendón iba a escribir "idolatrados hijos," cuando lo sorprendió la muerte.

¿Y los esbirros?

Sobre los que cometieron el asesinato de Serapio, poco podré decirle; sin embargo, y haciendo justicia a quien corresponda, debo manifestarle que a don Joaquín Pita, inspector general de policía en aquella época, le fué dada la comisión de hacer desaparecer a Serapio; pero el aludido funcionario desechó el procedimiento, y, según me han dicho, le dieron el encargo a Francisco Chávez.

Toca aquí averiguar si este fué o nó el que llevó a efecto la odiosa muerte del licenciado Rendón."

Habla don Joaquín Pita

El hecho de que el señor licenciado Flores Magón citara en su interesante relato a los señores licenciados José Natividad Macías, Malo y Juvera y don Joaquín Pita, hizo que fuéramos en busca de ellos.

El señor Pita se expresó en estos términos:

"Mi presencia en México no indica a ustedes otra cosa que la ninguna culpabilidad que tuve en la muerte del licenciado Rendón, o en cualquier otro asunto. A su tiempo yo diré todo lo que sé, y se verá entonces cuál fué mi labor en la Inspección General de Policía."

(Extracto del relato publicado en *El Sol*).